hervor en la sangre, y tembló nuevamente de estéril rabia, viendo que por más que se deshiciese allí, al pié del impasible edificio, no sería escuchada ni atendida. Accesos de furor sacudieron un instante sus miembros al hallarse impotente contra los muros blancos, que parecían mirarla con apacible indiferencia; y de pronto, bajándose, recogió un trozo de ladrillo que la casualidad la mostró, á la luz de un farol, caído en el suelo, y con airada mano trazó una cruz roja sobre la obscura puerta reluciente de barniz,—cruz roja que dió mucho que pensar los días siguientes á doña Dolores y al tío Isidoro, que recelaban un saqueo á mano armada.

XXXVII

LUCINA PLEBEYA

Vestíase Amparo, antes de salir á la Fábrica, reflexionando que diluviaba, que de noche se habían oído varios truenos, que se quedaría gustosa en casa, y aun entre cobertores, si no necesitase saber noticias, excitarse, oir voces anhelosas que decían: "Ahora sí que llegó la nuestra... Macarroni se va de esta vez... hay un parte de Madrí, que viene la república... mañana se proclama."

Al salir de su fementido lecho, la transición del calor al frío la hizo sentir en las entrañas dolorcillos como si las royese poquito á poco un ratón. Púsose pálida, y la ocurrió la terrible idea de que llegaba la hora. Volvióse al lecho, creyendo que allí se calentaría: cerró los ojos y no quiso pensar. Un deseo profundo de anonadamiento y de quietud se unía en ella á tal vergüenza y aflicción, que se tapó la cara con la sábana, prometiéndose no pedir socorro, no llamar á nadie. Mas como quiera que el tiempo pasaba y los dolorcillos no volvían, se resolvió

á levantarse, y al atar la enagua, de nuevo la pareció que la mordían los intestinos agudos dientes. Vistióse no obstante, y se dió á pasear por la estancia, á tiempo que una mano llamó á la puerta del cuartuco, y antes que Amparo se revolviese á decir "adelante", Ana entró.

—¿Vienes?

—No puedo.

—¿Pasa algo, hay novedá?

—Creo... que sí.

—¿Qué sientes, mujer?

—Frío, mucho frío... y sueño, un sueño que me dormiría de pié... pero al mismo tiempo rabio por andar... ¡Qué rareza!

—¿Aviso á la señora Pepa?

—No... ¡qué vergüenza! Jesús, mi Dios... Ana querida, no la avises.

—¡Qué remedio, mujer! ¿Sigue eso?

—Sigue... ¡infeliz de mí, que nunca yo naciese!

—Acuéstate sobre la cama...

Con su viveza ratonil, Ana arropó á la paciente, y ya se dirigía á la puerta, cuando una quebrantada voz la llamó.

—Llévale la cascarilla á mi madre... dile que me duele la cabeza... no le digas la verdá, por el alma de quien más quieras...

—Sí, que no se hará ella de cargo...

Amparo se quedó algo tranquila: sólo á veces un dolor lento y sordo la obligaba á incorporarse apoyándose sobre el codo, exhalando reprimidos ayes. Ana corría, corría, sin cuidarse de la lluvia, hacia la ciudad. Cerca de dos

horas tardó, á pesar de su ligereza, en volver acompañada de un bulto enorme, del cual sólo se veían desde lejos dos magnos chanclos que embarcaban el agua llovediza, y un paraguazo de algodón azul con cuento y varillas de latón dorado. Bufaba la insigne comadrona y resoplaba, ahogándose á pesar del ningún calor y de la mucha y glacial humedad de la atmósfera; cuando penetró en la casucha, revolvióse en ella como un monstruo marino en la angosta tinaja en que lo enseña el domador. Fuése derecha á la cama de la paralítica, y la dijo dos ó tres frases, entre lástima y chunga, que á ésta la supieron á acibar; cabalmente estaba deshaciéndose de ver que ni podía ayudar á su hija en el trance, ni acompañarla siquiera; aquella habitación era tan próxima á la calle, que ni soñaba en traer allí á la paciente.

Consumíase la pobre mujer presa en su jergón, penetrada súbitamente de la ternura que sienten las madres por sus hijas mientras éstas sufren la terrible crisis que ellas ya atravesaron... Chinto se encontraba allí, semejante á un palomino atontado..... Entró la comadrona donde la llamaba su deber, y el mozo y la vieja se quedaron tabique por medio, ayudándose á sobrellevar la angustia de la tragedia que para ellos se representaba á telón corrido... La tullida maldecía de su hija, que en tal ocasión se había puesto, y al mismo tiempo lloriqueaba por no poder asistirla. Y á cada cinco minutos, la señora Pepa entraba en el cuartuco llenándolo con su corpulencia descomunal, y ordenando mili-

tarmente á Chinto que corriese á desempeñar algún recado indispensable.

—Aceite, rapaz... ¡un poco de aceite!

—¿Qué tal?—interrogaba la madre.

—Bien, mujer, bien... ¡Aceite, porreta!

Lo que no se encontraba en la casa, Chinto salía disparado á pedirlo fuera, prestado en la de un vecino, ó fiado en las tiendas. Generalmente, al recoger una cosa, la comadrona exigía ya otra.

—Un gotito de anís...

—¿Anís? ¿Para qué? — preguntaba la tullida.

—Para mí, porreta, que soy de Dios y tengo cuerpo y también se me abre como si me lo cortasen con un cuchillo...

Y Chinto se echaba dócilmente á la calle en busca de anís...

Volvía á presentarse la terrible comadre, toda fatigosa y sofocada.

—Vino... ¿hay vino?

—¿Para ti?—murmuraba sin poder contenerse la impedida.

—Para ti, para ti... ¡Para ella, demonche, que bien necesita ánimos la pobre!... Piensas tú que yo le doy desas jaropías de los médicos, desos calmantes y durmientes? ¡Calmantes! Fuersa, fuersa es lo que hace falta, y vino, que alegra al hombre las pajarillas, ¡porreta!

Quince minutos después:

—Tres onsas de chocolate, del mejor... Y mira, de camino á ver si encuentras una gallinita bien gorda, y le vas retorciendo el pescuezo... Pide también un cabito de cera... las planchadoras que haya por aquí han de tener...

—¿De cera?

—De cera, ¡porreta! ¿Si sabré yo lo que me pido? Y pon agua á la lumbre.

Y Chinto entraba, salía, dando zancajadas á través del lodo, trayendo á la exigente facultativa cera, espliego, romero, vino blanco y tinto, anís, aceite, ruda, todas las drogas y comestibles que reclamaba... En los breves intervalos que tenía de descanso el solícito mozo, se sentaba en una silla baja, al lado del lecho de la tullida, quejándose de que le faltaban las piernas de algún tiempo acá, él mismo no sabía cómo, y parece que la respiración se le acababa enteramente; el médico le afirmaba que se le había metido polvillo de tabaco en los *broncos* y en los *plumones*... Boh, boh... ¿qué saben los médicos lo que uno tiene dentro del cuerpo? Hablaba así en voz baja, para no dejar de prestar oído á los lamentos de la paciente, que recorrían variada escala de tonos; primero habían sido gemidos sofocados; luego quejidos hondos y rápidos, como los que arranca el reiterado golpe de un instrumento cortante; en pos vinieron ayes articulados, violentos, anhelosos, cual si la laringe quisiese beberse todo el aire ambiente para enviarlo á las conturbadas entrañas; y transcurrido algún tiempo, la voz se alteró, se hizo ronca, obscura, como si naciese más abajo del pulmón, en las profundidades, en lo íntimo del organismo. A todo esto llovía, llovía, y la tarde de invierno caía

prontamente, y el celaje gris ceniza parecía muy bajo, muy próximo á la tierra. Chinto encendió el candil de petróleo, y trajo caldo á la paralítica, y permaneció sentado, sin chistar, con las rodillas altas, los piés apoyados en el travesaño de la silla, la barba entre las palmas de las manos. Hacía un rato que el tabique no transmitía queja alguna. Dos ó tres amigas de la Fábrica, entre ellas Guardiana, que ya no se quejaba de la paletilla, entraban un momento, se ofrecían, se retiraban con ademanes compasivos, con resignados movimientos de hombros, con reflexiones pesimistas acerca de la fatalidad y de la ingratitud de los hombres. De improviso se renovaron los gritos, que en el nocturno abandono parecían más lúgubres; durante aquella hora de angustia suprema, la mujer moribunda retrocedía al lenguaje inarticulado de la infancia, á la emisión prolongada, plañidera, terrible, de una sola vocal. Y cada vez era más frecuente, más desesperada la queja.

Serían las once cuando la señora Pepa se presentó en el cuarto de la tullida, enjugándose el rostro con el reverso de la mano. Sobre su frente baja y achatada, y en su grosera faz de Cibeles de granito, se advertía una preocupación, una sombra.

—¿Cómo va?

—Tarda, porreta... Estas primerizas, como no saben bien el camino...—y la comadre hizo que se reía para manifestar tranquilidad; pero un segundo después añadió:—Puede ser que...

porque uno no quiere embrollos ni dolores de cabesa, ¿oyes? Yo soy clara como el agua, vamos... y no se me murieron en las manos, ¡porreta! sino dos, en la edá que tengo... Después los médicos hablan... Y yo cuanto puedo hago, y unturas y friegas de Dios llevo dado en ella...

Al afirmar esto, la comadre se limpiaba á las caderas sus gigantescas manos pringosas.

—¿Habrá que avisar al médico?—gimoteó la tullida.

—Porreta, á mi edá no gusta verse envuelta en cuentos... luego después, que si hiso así, que si pudo haser asá... que si la señora Pepa sabe ó no sabe el oficio... Menéate ya, dormilón—añadió despóticamente volviéndose á Chinto.—Ya estás corriendo por el médico, ¡ganso!

Chinto salió sin cuidarse del aguá que continuaba cayendo tercamente del negro cielo, y corrió, perseguido por aquella voz cada vez más dolorida, más agonizante, que atravesaba el tabique, mientras la impedida se lamentaba de que además de morírsele la hija, iba á tener que abonar—¿y con qué, Jesús del alma?—los honorarios de un facultativo. El silencio era tétrico, el tiempo pasaba con lentitud, medido por el chisporroteo del candil y por un clamor ya exhausto, que más se parecía al aullido del animal espirante que á la queja humana. Media noche era por filo cuando Chinto entró acompañado del médico. Acostumbrado debía de estar éste á tan críticas situaciones, porque lo primero que hizo fué dejar el impermeable chorrean-

do en una silla, remangarse tranquilamente las mangas del gabán y los puños de la camisa, y tomar de manos de Chinto una caja cuadrilonga que arrimó á un rincón. Después entró en el cuarto de la paciente, y se oyó la voz gruñona de la comadre, empeñada en darle explicaciones...

A eso de un cuarto de hora más tarde volvió el soldado de la ciencia á presentarse y pidió agua para lavarse las manos... Mientras Chinto buscaba torpemente una jofaina, la madre, llorosa, temblando, preguntaba nuevas.

—¡Bah!... no tenga V. cuidado... ese chico me dijo que se trataba de un lance muy peligroso, y me traje los chismes... no sé para qué: una muchacha como un castillo, conformación admirable, una versión que se hizo en un decir Jesús... Estamos concluyendo. Ahora la comadre basta, pero yo seré testigo.

Lavóse las manos mientras esto decía, y tornó á su puesto. La mecha de petróleo, consumida, carbonizada, atufaba la habitación, dejándola casi en tinieblas, cuando dos ó tres gritos, no ya desfallecidos, sino, al contrario, grandes, potentes, victoriosos, conmovieron la habitación, y tras de ellos se oyó, perceptible y claro, un vagido.

XXXVIII

¡POR FIN LLEGÓ!

AMPARO descansa abismada en el reposo inefable de las primeras horas. Sin embargo, á medida que la luz de la pálida mañana entra por el ventanillo, vuelve la memoria y la conciencia de sí misma. Llama á Chinto ceceándolo.

—¿Qué quieres, mujer?

—Vas á ir corriendo al cuartel de infantería... Parece que ahora no sale la tropa de los cuarteles.

—Bueno.

—Si no está allí D. Baltasar, á su casa... ¿La sabes?

—La sé. ¿Qué le digo?

—Le dirás... ¡veremos cómo sabes dar el recado! Le dirás que tengo un niño... ¿oyes? No vayas á equivocarte...

—Bueno, un niño...

—Un niño... no sea que digas una niña, tonto; un niño, un niño.

—¿No le digo más?

—Y que ya sabe lo que me ofreció... y que si quiere ponerse por padre de la criatura... y que mañana se bautiza.

—¿Nada más?

—Nada más... Esto... bien clarito.

Chinto salía cuando entraba Ana, que se había ido á su casa á dormir. Venía muy misteriosa, como el que trae nuevas estupendas.

—¿Y ese valor, y el pequeño?—preguntó alzando la sábana y la manta y sacando del tibio rincón donde yacía, un bulto, un paquete, un pañuelo de lana, entre cuyos dobleces se columbraba una carita microscópica amoratada, unos ojuelos cerrados, unas faccioncillas peregrinamente serias, con la seriedad cómica de los recién nacidos. Ana empezó á hablarle, á decirle mil zalamerías á aquel bollo que del mundo exterior sólo conocía las sensaciones de calor y frío; buscó una cucharilla y le paladeó con agua azucarada; arregló la gorra protectora del cráneo, blando y colorado como una berengena, y después se sentó á la cabecera del lecho, depositando en el regazo el fajado muñeco.

—¿No sabes?—exclamó abriendo por fin la esclusa de sus noticias.—Encontré á la que les cose á las de García... No te alteres, mujer, alégrate; se largan esta tarde para Madrí, porque tuvieron parte de que ganaron el pleito y van á arreglarlo allá todo.

Volvió Amparo el rostro con lánguido movimiento, murmurando:

—Dios vaya con ellas.

—No sé que no les pase algo en el camino, porque anda todo revuelto... Me dijo esa misma chica que hoy sin falta venía la república...

—Hace... ocho días que la están anunciando...

—Calla, no hables, que te puede venir el delirio...

Y la *Comadreja* se dedicó á arrullar al infante, mientras Amparo se sepultaba otra vez en un sopor que la dejaba el cerebro hueco, la cabeza vacía, anonadando su pensamiento y haciéndola insensible á lo que pasaba en torno suyo. Los pasos de Chinto la llamaron á la vida otra vez. Abrió los ojos, que, en la palidez amarillosa de su morena cara, parecían mayores y azulados. Chinto se acercó andando de puntillas, torpón y zambo como siempre. Además parecía hallarse muy turbado.

—Caro me costó que me dejasen pasar al cuartel—murmuró con su estropajosa habla de paisano, que salía á relucir de nuevo en los lances difíciles.—No se puede andar... Todo está revuelto... La gente corre como loca por las calles... Allí... dice que se marchó el rey... Que en Madrid hay república...

Medio se incorporó Amparo, apartando de la frente los negros cabellos, lacios con el sudor que los empapaba...

—¿Qué me dices?—balbució.

—Lo que te digo, mujer... El alcalde y el gobernador ya echaron muchos bandos, que los vi en las esquinas... Y están poniendo trapos de color en los balcones.

—¿Será la cierta?—clamó alzando las manos.—Sigue, sigue.

—Pues fuí al cuartel... y allí no estaba...

—¿Irías á su casa volando?—interrogó Amparo temblona.

—Fuí... y dice que...

—Acaba, maldito.

—Y dice que...—Chinto se devanó los sesos buscando una fórmula diplomática.—Dice que no está en el pueblo, porque... porque ayer se marchó á Madrí.

Quiso abrir la boca Amparo y articular algo, pero su dolorida laringe no alcanzó á emitir un sonido. Echóse ambos puños á los cabellos y se los mesó con tan repentina furia, que algunos, arrancados, cayeron retorciéndose como negros viboreznos sobre el emboce de la cama... Las uñas, desatentadas, recorrieron el contraído semblante y lo arañaron y ofendieron...

—Lárgate, que me voy á levantar—dijo por fin á Chinto—á ver si reuno gente y quemo aquella maldita madriguera de los de Sobrado.

—Sí, lárgate—añadió Ana.—¡Para las buenas noticias que traes!

En vez de obedecer, acercóse Chinto á la cama, donde jadeaba Amparo partida, hecha pedazos, por el horrible esfuerzo de su cólera.

—Mujer, oyes, mujer...—pronunció con voz que quería suavizar y que sólo lograba ensordecer... no te aflijas, no te mates... Allí... yo... yo me pondré por padre, y nos casaremos si quieres... y si no, no... lo que digas...

Como generosa yegua de pura sangre, á la cual pretendiesen enganchar haciendo tronco con un individuo de la raza asinina, la Tribuna se irguió, y saltándosele los ojos de las órbitas, los carrillos inflamados por la fiebre, gritó:

—Sal, sal de ahí, bruto... ¡Quieres condenarme!

Fuése el emisario de malas nuevas con la música á otra parte, cabizbajo, convencido de que era un criminal, y la oradora permaneció sentada en la cama, arrugando las ropas, en la contorsión desesperada de sus miembros y cuerpo.

—¡Justicia!—clamaba.—¡Justicia! ¡Justicia al pueblo!... ¡Favor, Madre mía del Amparo! ¡Virgen de la Guardia! ¿Pero cómo consientes esto? ¡La palabra, la palabra, la palaabraaa... los derechos que... matar á los oficiales, á los oficia...!

Un principio de fiebre y delirio se traslucía en la incoherencia de sus palabras. Su cabeza se trastornaba y aguda jaqueca la atarazaba las sienes. Dejóse caer aletargada sobre las fundas, respirando trabajosamente, casi convulsa. Ana se sintió iluminada por una idea feliz. Tomó el muñeco vivo, y sin decir palabra lo acostó con su madre, arrimándolo al seno, que el angelito buscó á tientas, á hocicadas, con su boca de seda, desdentada, húmeda y suave. Dos lágrimas refrigerantes asomaron á los párpados de la Tribuna, rezumaron al través de las pestañas espesas, humedecieron la escaldada mejilla, y en pos vinieron otras,

que se apresuraban desahogando el corazón y aliviando la calentura que empezaba...

Al exterior, las ráfagas de la triste brisa de Febrero silbaban en los deshojados árboles del camino y se estrellaban en las paredes de la casita. Oíase el paso de las cigarreras que regresaban de la Fábrica; no pisadas iguales, elásticas y cadenciosas como las que solían dar al retirarse á sus hogares diariamente, sino un andar caprichoso, apresurado, turbulento. Del grupo más compacto, del pelotón más resuelto y numeroso, que tal vez se componía de veinte ó treinta mujeres juntas, salieron algunas voces gritando:

—¡Viva la república federal!

FIN

INDICE

	Págs.
Prólogo á la primera edición	5
Capítulo I.—Barquillos	11
II.—Padre y madre	19
III.—Pueblo de su nacimiento	25
IV.—Que los tenga muy felices	35
V.—Villancico de Reyes	43
VI.—Cigarros puros	51
VII.—Preludios	59
VIII.—La chica vale un Perú	67
IX.—La Gloriosa	71
X.—Estudios históricos y políticos	79
XI.—Pitillos	85
XII.—Aquel animal	95
XIII.—Tirias y troyanas	101
XIV.—Sorbete	107
XV.—Himno de Riego, de Garibaldi.—Marsellesa	117
XVI.—Revolución y reacción mano á mano	123
XVII.—Altos impulsos de la heroína	131
XVIII.—Tribuna del pueblo	137
XIX.—La Unión del Norte	145
XX.—Zagal y zagala	151